

una lectura fría que la fiebre de todos modos impidió. Entre sueños, sopores, estornudos y tos, terminé de leer la novela de una sola acostada, veintinueve horas y treinta y dos minutos después con una mezcla curiosa de aventura terminada ("¿qué no había nada más?"), curiosidad exhausta, satisfacción por el cómodo viaje y desencanto progresivo después de la fornicación fantástica, como si la novela hubiese sido escrita con viva tinta lasciva que, como cierta flor tropical, se marchitara tan pronto cesara de iluminarla el sol de la atención directa y fuese perdiendo su forma al ser iluminada por la luna de la memoria. Recordaba con cariño el primer tercio de la novela, la merienda pausada de la pastoril saga conyugal, la escritura eléctrica, aquel abigarrado mundo costero capturado en el globo de vidrio soplado por una poderosa sensibilidad que es gusto y visión del mundo, la garra, en fin, de un jergológico que nos araña mientras lo leemos. Y, con todo, las partes finales me dejaban empalagado, con el inconfundible sabor a aserrín del harzajo y el repaso en vano, como si

toda esta meditación tangencial sobre la decrepitud y la muerte fuese cháchara y despistada ecolalia indigna de la alegría de los primeros instantes novelados, como si García Márquez fuese un escritor de principios y nacimientos antes que de muertes y finales.

Los primeros momentos de la novela, su primer tercio, son los de una vida cotidiana rescatada como mitología o, si se prefiere, los de un costumbrismo matrimonial y familiar, con toda la insostenible ligereza de sus relaciones triviales y peligrosas. García Márquez hace entrar al lector a la piscina de su novela evitando, como buen administrador de su propio cuento, el chapuzón frontal de una entrada en materia demasiado directa. Al igual que las alcachofas, la novela presenta muchas hojas antes de ofrecer el corazón. Además de inventar un mundo y fabular una geografía, el novelista es también el mejor guía de turistas por el país de su propia invención —de ahí los paseos— y es, asimismo, el cocinero que sabe levantar a punto de turrón las yemas de su historia a fuerza de batir sin debatir

los mismos datos mediante la oración perpetua. Mañas, trucos, recursos, tramoyas, instintivo saber contar amasan con generosidad la pasta folletinesca, el merengue sentimental, la levadura lujuriosa y la vainilla descriptiva de este pastel esponjado, cubierto y relleno del vago betún de un arte de vivir entre conyugal y callejero, salpicado con guifos de literaria fruta seca —de la A de Arciniegas a la Z de Zalamea, para reducirnos a la alacena colombiana— y adornado por listas de remunerativas enumeraciones que yerguen su chispa uniforme sobre la superficie acremada como otras tantas velitas en el aniversario del autor que ya cumplió otra novela. Sobra decir que cada ingrediente llega en el momento preciso, electrizado por una voluntad simpática y puntual, convocado por un oído premonitorio que amansa con su flauta a las palabras. Pero, más allá del intrínseco sabor de la repostería, lo que trasmite el pastel es la alegría escandalosa con que fue cocinado y su perdurable impronta, si la hay, reside, para este lector, en la gracia de esa facilidad y en su fatal estigma. Cam-

### La vida (a)leve

#### QUICHEL DE MISICOSAS

Mientras otros se suman a la cargada literaria en favor o en contra de las grandes figuras sin perder ni riesgo, Fernando Tola de Habich se ha puesto a leer nuestra prensa literaria del siglo XIX, a sorprendernos con hallazgos constantes y a desenterrar figuras como Alberto Michel (1867-1947), de quien ha preparado una selección de *Narraciones, confidencias y otros textos* para la Universidad de Chapingo (1985). Entre las curiosidades del libro (como la discusión del saber científico y folclórico sobre medio centenar de animales mexicanos), el libro rescata de *El Liceo Mexicano* (1890) un bonito juguete literario de Michel, que conoció la gloria en un género muy distinto: el teatro.

G.Z.

#### QUISICOSA

La nociosa está deliche  
Las estrecon resplandellas,  
Y en la llumida dornura  
Sus luyos la quina raebra.  
Los canseñores ruitando  
Se arbotan en la agileda  
Y el bullichuelo riaciuso  
Se yerliza entre las desbas,  
Mientras las cantas alondran  
Y los revulos silfean  
Perbullando con su turba  
El praño de la suedera.

A lo dilesa se vijos  
Una ribaña casueña  
En cuya venbierta atana  
Se donclina una recella  
Como una hersión ilumosa,  
Y azuca cual la blancena,  
De ogros chejos cual la none  
Estrimosos cual lumellas...  
La poña nira suspibre,  
Al aiza lanque sus rejas  
Dolimosas y lastientes  
Y al ven la fintarra ciená.  
¿Qué oculbia tosar agope  
A la dóndida cancela?

¿Por qué su pira pesuscho?  
¿Por qué la quina se añeja?  
Doloradla con sus dejes,  
Tristadla con su dejeza  
Que ya las granzas lechunan  
Y los vuélagos murcielán  
Y sus lúgudos chillibres  
Dan al corre las ainejas...

Y concluiñana maremos  
Esta leyible terrenda  
Porque tenque muño suecho  
Y ya me piernan las riembulas.